

contra Erasmo. El Luciano del Renacimiento usó contra sus adversarios el arma poderosa del ridículo, y hay que confesar que se prestaban a ello. Habiendo acusado un predicador a Erasmo de herejía en plena cátedra, se le preguntó qué errores le reprochaba; y el fraile respondió: "Yo no he leído los libros de Erasmo; he querido leer sus paráfrasis del Evangelio, pero la latinidad es demasiado elevada, y temo que haya caído en herejía por causa de esa elevada latinidad.", (1). Todo lo que no comprendían aquellas santas gentes era herético (2). Sin embargo, Erasmo no podía negar con todo su extraordinario ingenio lo que era claro como la luz, la relación entre el Renacimiento y la Reforma. Si Lutero, contra lo que decían los monjes (3), no procedía del Renacimiento, no es menos cierto que el Renacimiento era aliado de la Reforma, y que los literatos eran enemigos de la teología escolástica, lo cual, bajo el punto de vista de una estrecha ortodoxia, los hacía sospechosos de herejía. No dejaron los monjes de seducir a los príncipes, insinuando que el estudio de las letras antiguas engendraría necesariamente revoluciones; y se apoderaron, además, de la juventud, haciendo temer a las madres que se comprometía la salvación de sus hijos si asistían a una escuela en que se leyera a Cicerón y en que se estudiara el griego y el hebreo (4). Pero sus esfuerzos fueron vanos, como lo son siempre los esfuerzos de los hombres de lo pasado que luchan contra un porvenir inevitable y providencial. El hombre que era, aún más que Lutero, blanco de los ataques de los monjes (5), Erasmo, tenía la conciencia de su triunfo futuro: "¿Qué es esto, después de todo, decía, sino la lucha de las tinieblas contra la luz, de la barbarie contra la civilización?", (6). Agréguese a esto las vanidades

(1) ERASMI *Epist.* DXXX (*Op.*, t. III, P. I, p. 580).

(2) "Quidquid non intelligunt hæresis est; græce scire, hæresis est; expolite loqui, hæresis est; quidquid ipsi non faciunt, hæresis est." ERASMI *Epist.* CDLXXVII (*Op.*, t. III, P. I, p. 517).

(3) "Dictitans ex his fontibus hæreses nasci." ERASMI *Epistola* CCCLXXX (*Op.*, t. III, P. I, p. 406).

(4) ERASMI *Adag. Chil. IV. Centur. v. Prov. I* (*Op.*, t. III, página 1053).

(5) "Theologi monachique, quorum implacabile odium in me concitaram, ob provecctâ bonarum literarum studia, quas istæ pecudes multo pejus oderunt quam Lutherum ipsum..." ERASMI *Epist.* BCCXLII (*Op.*, t. III, P. I, p. 850).

(6) "Temporis progressu vincet veritas." ERASMI *Ep.* CDXXII (*Op.*, t. III, P. I, p. 442).

heridas, las ambiciones frustradas, los intereses comprometidos (1), y se tendrá idea de lo que pasaba en el siglo XVI como de lo que pasa a nuestros ojos. La lucha es siempre la misma, pero el éxito es menos dudoso que nunca.

Los teologastros del siglo XV han encontrado émulos en nuestros días; y en pleno siglo XIX se ha querido proscribir la literatura antigua, porque es la literatura de los paganos. Este furor impotente no atestigua más que una cosa, los esfuerzos desesperados de un partido moribundo por retener la dominación que se le escapa. Y tal es la fuerza del espíritu moderno, que arrastra a los mismos que quisieran resistirle: una parte del episcopado se ha sublevado contra la nueva invasión de los Bárbaros. Mas esto no impide a la Iglesia proscribir los libros que le parecen peligrosos para la salvación de los fieles; y si tuviera poder para ello, reduciría la literatura a los escritos ortodoxos por el estilo de los que recomiendan los jesuitas y que un ministro belga ha calificado de literatura del cretinismo. ¿Puede esperar la Iglesia poner a raya la marcha de la humanidad? ¿Ignora que la literatura es la expresión de la sociedad, de sus deseos y de sus aspiraciones, como de sus antipatías y de sus repugnancias? Si, pues, la literatura moderna es anticatólica, ¿no será porque la sociedad misma deserta de los altares del Cristo? No son los literatos quienes hacen la sociedad incrédula; es, al contrario, porque la sociedad ha abandonado la fe de lo pasado por lo que la literatura es más o menos hostil al catolicismo. Y, sin embargo, esta sociedad es la obra de la Iglesia; la Iglesia es quien durante diez y ocho siglos ha guiado a la humanidad por lo que llama el camino de la salvación; ¡y al cabo de esta dominación secular el mundo se le va! A menos de cerrar de intento los ojos a la luz, hay que ver en este hecho una señal de los tiempos, la muerte de una religión decrepita, y ya se perciben los albores que anuncian el advenimiento de una religión más conforme a las necesidades de la humanidad.

(1) ERASMI *Epist.* CDLIII (*Op.*, t. III, P. I, p. 490); *Epist.* CMXX (*ib.*, p. 1051).

CAPÍTULO III.

EL RENACIMIENTO Y LA REFORMA.

La influencia del Renacimiento en la Reforma es incontestable. Verdad es que los primeros humanistas no pensaban en atacar al catolicismo, y aún hubo siempre entre ellos quienes, consagrados por entero a sus libros queridos, no tuvieron siquiera la intención de entrar en lucha con la Iglesia. Esa fue una de las fases del Renacimiento; pero éste tuvo otras muchas, y al apreciarlo no se puede olvidar que fue menos una reversion a lo pasado que una vida nueva, y la vida tiene infinitas variedades. Siguiéron los letrados direcciones bien diversas: unos se contentaban con el estudio apacible de la antigüedad; llevaban otros el culto de los antiguos hasta el fanatismo, y en fuerza de exaltar a los Griegos y a los Romanos, se hacían paganos é incrédulos; y otros, por último, prepararon el camino a la Reforma y se ligaron a los reformadores. Humanistas fueron algunos de los jefes de la revolución religiosa: el apacible Melanchthon y el atrevido Zuinglio pusieron al servicio del protestantismo, el uno la ciencia y el otro la libertad del espíritu que habían aprendido en el comercio de los antiguos. Tal fue la tendencia gene-

ral del Renacimiento en Alemania. El genio de la nación es religioso, y necesitaba una religión más íntima, más severa que la que en el siglo XVI imperaba en Roma. Así, desde que los Alemanes cultivaron las letras, se aplicaron al estudio de los libros sagrados, y ese fue el comienzo de la Reforma (1).

Es imposible negar, dice Lutero, que el Renacimiento favoreció el estudio de la Escritura (2); y sabido es cuánto temía la Iglesia la lectura de la Biblia. Entregar la palabra de Dios a la discusión de los fieles, ¿no era desviarlos de la religión ortodoxa para convertirlos al cristianismo primitivo? En realidad, los letrados fueron conducidos por la Sagrada Escritura y por los Padres de la Iglesia a las mismas ideas que los reformadores: opusieron el cristianismo primitivo al catolicismo y predicaron la reversion a la pureza evangélica. De otra

(1) ROD. AGRICOLA, uno de los primeros humanistas alemanes, deploraba las tinieblas de la Iglesia; reprobaba la misa y el celibato, y disputaba ya sobre la justificación por la fe y las obras (MELANCHTHONIS *Declaratio*, t. I, p. 602).

(2) LUTHERI *Epist. ad Eras.* (ERASMI, *Op.*, tomo III, 1, página 846).

parte, el Renacimiento desarrolló la libertad de espíritu; la luz de la antigüedad disipó las supersticiones que se habían propagado en siglos de tinieblas (1). Y por último, el Renacimiento y la Reforma tenían los mismos enemigos: los monjes y los teologastros odiaban á los letrados tanto como á Lutero, lo cual hizo que se confundieran las dos causas, llegando á ser aliados, casi sin quererlo, los humanistas y los reformadores (2).

Las diversas tendencias del Renacimiento se unieron en un hombre grande entre los grandes que ilustran el siglo XVI. *Erasmus* era tratado de racionalista por Lutero, y los católicos decían que todo Lutero estaba en sus obras (3). Los dos reproches parecen contradictorios, y, sin embargo, uno y otro son fundados: *Erasmus* era juntamente un precursor del protestantismo y un espíritu libre que anunciaba los libres pensadores. Hay que considerar aquel genio tan variado bajo muchas fases para conocerlo y tributarle la debida justicia. Los monjes enemigos del Renacimiento y de la Reforma, no se engañaban al acusarlo de ser á medias protestante (4): decían que *Erasmus* era peor que Lutero; que *Erasmus* había puesto el huevo y que Lutero lo había empollado; que el reformador había chupado todo su veneno en los escritos del humanista (5). Hubo, en suma, una tempestad monástica contra *Erasmus*. En todas partes se predicaba contra él; y como de costumbre, se empleaban injurias en vez de razones: se le trataba de herejarca, de cismático, de falsario (6). *Erasmus* replicó enérgicamente; mas cuando hablaba entre amigos, confesaba que había dicho ántes de Lutero, si bien con cautela y miramiento, todo lo que predicaba el gran reformador (7).

Erasmus recomendaba la lectura de los libros sagrados con tanto celo como Lutero: quería que no hubiera una mujer que no poseyera y no leyese

(1) Quejábase el abad TRITHEIM de la libertad de espíritu que reinaba entre los humanistas: «Sanctorum miracula et exempla velut deliramenta contemnunt, nihilque sanctum admittendum existimant, quod philosophorum argumentis non probant, revelationes omnes a Deo devotis hominibus ostensas mendacia vel somnia mulierum reputant, legendas sanctorum fabulas appellant, etc.» (*De laudib. s. Auce.*, c. III).

(2) ERASMI *Epist.* DXLII (*Op.*, t. III, l. p. 591).

(3) ERASMI *Op.*, t. I, p. 900.

(4) ERASMI *Colloq.* (*Op.*, t. I, p. 719).

(5) ERASMI *Epist.* MCCLXVI (*Op.*, t. III, 2, p. 1490); *Epist.* DLXII (*ib.*, p. 628).

(6) ERASMI *Epist.* MDCXLIX (*Op.*, t. III, l. p. 746); *Ep.* CDLXXXI, DXXX, DXXXIII (*ib.*, p. 530, 573, 583); *Epi.* t. DXLVII, p. 594.

(7) ERASMI *Epist.* ad Zuingli. (ZINGLI *Op.*, t. VII, l. p. 308).

el Evangelio y las epístolas de San Pablo (1); y extrañaba con razón que la palabra de Dios, que Jesucristo ordenó que se publicara á los cuatro vientos, fuera ignorada por los que se llaman cristianos (2). En vano se objeta que el comun de los fieles no comprendería la Escritura; *Erasmus* replica: «Que el sacerdote se la explique; la ignorancia del rebaño no acredita el celo inteligente de los pastores. ¿Se quiere saber cuál es el verdadero móvil del clero? Pues teme que su autoridad se quebrante y que disminuyan sus provechos pecunarios» (3). *Erasmus* comenzó la obra de Lutero publicando una traducción latina del Nuevo Testamento más exacta y más elegante que la Vulgata. Los teologastros pusieron el grito en el cielo, diciendo que era acabar con la religion, pues los hombres, en su tenacidad sacrilega, osaban corregir el Evangelio y hasta la oración dominical (4). *Erasmus* respondió, como lo había hecho Reuchlin, que, facilitando el acceso á las fuentes divinas del cristianismo, había prestado un servicio á la religion (5). No dudamos de la buena fe de los humanistas; pero la verdad es que mover á los cristianos al estudio de los textos era alejarlos del catolicismo. Los trabajos de *Erasmus* y de Reuchlin prepararon la exégesis protestante que en nuestros días ha dado un golpe mortal al cristianismo histórico.

El estudio del Evangelio, de San Pablo y de los Padres de la Iglesia puso en evidencia la contradicción que existe entre el catolicismo de la Edad Media y el verdadero cristianismo. *Erasmus* fué tan explícito en este punto como los reformadores: «Jesucristo ha venido á emancipar á los hombres de las observancias que constituían la religion de los fariseos, y por esto decía que su yugo era dulce y ligero; pero, gracias á los teólogos, el cristianismo se ha convertido en una religion recargada de mil leyes humanas: acá, dogmas sobre la distinción de las personas divinas ó sobre misterios de que se hacen artículos de fe, como si se hubieran recibido directamente del cielo; allá, innumerables preceptos sobre el ayuno, las fiestas, la confesion, los votos, cosas todas inventadas para gravar las con-

(1) ERASMI *Op.*, t. VI, Prefacio.

(2) ERASMI *Op.*, t. V, p. 142.

(3) ERASMI *Epist.* DCLXXIX (*Op.*, t. III, P. I, p. 737).

(4) ERASMI *Epist.* CCVII (*Op.*, t. III, P. I, p. 188).

(5) ERASMI *Epist.* CXLVIII (*Op.*, t. III, P. I, p. 130).

ciencias en provecho del clero (1). ¿Cuál es el fruto de ese fariseísmo? La masa de los cristianos cree que la religion reside en las cosas exteriores, en el bautismo, en la confesion y en la comunión; añadid á esto la celebracion de las fiestas, la misa y el ayuno, y tendréis un cristiano perfecto. Lo cual no impedirá á estos discípulos del Cristo amontonar riquezas por todos los medios licitos é ilícitos, entregarse á la disolucion y á todas las malas pasiones (2). Ese fariseísmo es, además, lo que constituye la perfeccion tan ponderada de los monjes: llevar un cierto hábito, recitar ciertas oraciones, ayunar y flagelarse, hé ahí lo que llaman la vida perfecta. Y al cabo de estas santas obras llegan á un orgullo insensato que los ciega hasta el punto de no ver que les faltan las más elementales virtudes, las de los paganos: diríase más bien que su perfeccion consiste en alimentar todos los vicios» (3).

Á este cristianismo corrompido o pone *Erasmus* la verdadera doctrina de Jesucristo: «Allí donde existe el soplo del espíritu de Dios, allí reina la libertad (4). Abrid el Evangelio: ¿dónde encontráis

(1) ERASMI *Annotat. ad Math.* II, 30: *Jugum meum suave.*—*Comp. Epist.* CDLXXVII y DCCXLVI (*Op.*, t. III, l. p. 515 y 872).

(2) ERASMI *Colloq.* (*Op.*, t. I, p. 683 y siguientes).

(3) ERASMI *Militis christiani Enchiridion* (*Op.*, t. V, p. 33).

(4) ERASMI *Enarratio in Psalm.* XXII (*Op.*, t. V, p. 325): «Ubi spiritus Domini, ibi libertas.»

un precepto que prescriba ceremonias? Citadme una palabra del Cristo sobre el vestido, sobre el alimento, sobre el ayuno, sobre la flagelacion; el único mandamiento que ordena concierne á la caridad; la caridad es toda la ley (1). Sin embargo, no son las obras de caridad lo que justifica al cristiano; la justificacion por las obras es todavía fariseísmo. Entre los Judios había tantas justicias como obras; entre los cristianos no hay más que una: sólo la fe justifica» (2). Esa es literalmente la doctrina de Lutero, y á primera vista extraña que el humanista que enseñaba la justificacion por la fe no siguiera la bandera del reformador. Mas si *Erasmus* se negó á afiliarse entre los protestantes, no fué, como se le ha reprochado con frecuencia, porque le faltara el valor, sino porque no era más luterano que católico. Quedó, en apariencia, en el seno de la Iglesia, porque no había todavía en el siglo XVI plaza para los libres pensadores: era preciso pertenecer á la Iglesia ó afiliarse en una secta. ¡Llor á los que han preparado la emancipacion del espíritu humano! *Erasmus* ocupa un alto puesto entre esos libertadores.

(1) ERASMI *Ratio vere theologicæ* (*Op.*, t. V, p. 106).

(2) ERASMI *Enarratio in Psalm.* XII (*Op.*, t. V, p. 312): «Justitia nostra Christus est, qui justificat per fidem omnem hominem ad ipsum venientem.»